



Daniel Villarroya

AQUELLOS CHICOS RURALES DE LA YENKA



**AQUELLOS
CHICOS
RURALES DE
LA YENKA**

DANIEL VILLARROYA

Primera edición: marzo de 2025

© Copyright de la obra: Daniel Villarroya

© Copyright de la edición: Grupo Editorial Angels Fortune

Edición a cargo de Ma Isabel Montes Ramírez Código ISBN:
978-84-129644-8-6

Código ISBN digital: 978-84-129644-9-3 Depósito legal: B
3411-2025

Corrección: Teresa Ponce

Diseño y maquetación: Cristina Lamata

©Grupo Editorial Angels Fortune www.angelsfortunedititions.com
info@angelsfortune.com

Barcelona (España)

Derechos reservados para todos los países.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar sin permiso previo por escrito de los propietarios del copyright.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción prevista por la ley».

Para Jero, mi hermano querido
in memoriam

*Esa es la infancia:
la edad de los hallazgos perdurables.
Por eso la infancia es para siempre.*

L. Landero

*Y empecé a darme cuenta, entonces,
de que ser de pueblo era un don de Dios.*

M. Delibes

*Para que el suceso más trivial
se convierta en aventura,
es necesario contarlo.*

J. P. Sartre

*Adiós a los que se quedan,
y a los que se van también.*

J. A. Labordeta

I

—¡Ya sé, chavales! —dijo Toñín, que era espabilado y se las solía pensar muy bien—. Como somos cuatro, podemos hacer una torre: tres abajo en corro, con los brazos entrelazados, y uno que se suba encima. Y lo aupamos hasta que alcance a agarrarse en alguna rama y pueda mirar qué hay dentro del agujero del tronco.

No era caso de perder tiempo. Pocos nidos se les resistían y, aquel, no estaban dispuestos a dejarlo escapar. Lo decidieron a piedra, papel o tijera. Le tocó subir a Lucas. Apostados al pie del chopo, junto al tronco, Miguelón, Pablo —al que apodaban el Colilla— y Toñín trenzaron sus brazos agarrándose con fuerza para que Lucas subiera. Una vez encima, lo alzaron hasta que, estirándose, Lucas consiguió con la mano izquierda cogerse fuerte de una de las ramas más gruesas. En ese momento todo el peso de su cuerpo quedó suspendido de la mano, puesto que ellos ya no alcanzaban a sostenerle. Colgado de la rama como un mono, Lucas trataba de introducir la mano derecha en el agujero del *pico* para averiguar qué contenía en su interior.

—¡Cuidado, Lucas! —le avisó Toñín desde abajo—, vigila no haya un *escurzón* dentro.

Les temían como al diablo. Para ellos, como para el resto, todas las culebras, víboras o serpientes del lugar eran *escurzones*. Daban por seguro que, si te picaba uno, te podías morir. A la Josefa, la madre de Pablo, el Colilla, le picó uno

cuando estaban segando un año en el campo y poco le faltó para irse al otro barrio.

—No me asustes, Toñín. Bastante tengo con aguantarme colgado de la rama y los pies en el aire. ¡No puedo más, me está temblando el pulso! ¿Y ahora qué hago? ¡Creo que no voy a aguantar! —gritó viéndoselo venir.

Y así fue. Impelido por su propio peso, Lucas no pudo más, le falló el brazo y se desplomó como un fardo, rozando la cabeza, al caer, con la tapia de piedras del huerto y estampándose con todo el pómulo y la mejilla izquierda contra el duro suelo cubierto de hierba. Visto y no visto, Lucas quedó tendido, ajeno al chopo, al suelo sobre el que yacía sin sentido, a los gritos de Toñín, de Miguelón o del Colilla, y al mundo que le circundaba en aquella desgraciada tarde a las puertas de otoño.

Abruptamente, todo parecía concluido. No había vuelta atrás. Ni nido, ni huevos, ni polluelos. Lucas, como un cadáver, permanecía desfallecido e inerte sobre el suelo, y Toñín, Pablo —el Colilla— y Miguelón asustados como cachorros acorralados. ¿Acababan de perderlo para siempre? ¿Por qué a ellos? ¿Volverían los ojos infantiles de Lucas a ver la luz del sol?

Todo había comenzado apenas una hora antes. Los nidos constituían una de sus pasiones y escarzar los huevos alcanzaba rango de competición. Quien podía afirmar «yo tengo más huevos que tú» se convertía, sin discusión, en rey de la contienda. Contaban todos los huevos y todos los nidos. Daba igual el tamaño, el color o la procedencia. Si eran huevos, eran buenos.

—En cuanto acabe la escuela, dejamos las carteras en casa, recogemos la merienda y todos a la plaza de la Iglesia.

¡Ese ya es nuestro, os lo digo yo! —había hecho saber Miguelón, decidido.

En la parte alta del tronco de un chopo viejo, junto a la tapia del último huerto del Caño, a pocos pasos del río y próximo a su nacimiento, Toñín, Lucas, Pablo y Miguelón descubrieron un buen día un agujero redondo como una luna llena. A un tiro de piedra del pueblo. La perfección con la que estaba hecho les hizo suponer que solo podía ser obra de un pájaro carpintero. Ellos los llamaban *picos*. Tenían sus propias palabras y se entendían sin problemas. Aunque habitaran un espacio rural modesto y reducido, constituía —cómo decirlo— un verdadero mundo.

—No faltéis, que ya lo tenemos —se aseguró el Colilla—. ¡Esta tarde nos vamos con él a casa!

Las cosas sucedían ágiles, libres, impulsivas, sin demora: ahora a escarzar un nido, luego a birlar los ciruelos de Fermín —el Manco—, la matanza del cerdo, el gato en el saco, la alpargata perdida en el pajar o las perras gordas sisadas a don Olegario, el cura, de la colecta de la iglesia. Sus días transcurrían aderezados de mil y una peripecias infantiles que venían a hacer su escasa decena de años entrañable y significativa. La infancia es ese tiempo y esa vida que ya no nos abandonará jamás. Seremos, para el resto, niños mayores y, con empeño, mayores niños. La infancia es el rocío del alba, la lluvia fina del amanecer que fecunda la cosecha de la mañana, la del mediodía y la del atardecer. Somos, en buena parte, lo que fuimos.

Hacia las seis, merienda en mano —pan con chocolate unos, pan y longaniza o magra otros—, no faltó en la plaza ninguno de los cuatro Chiripitifláuticos, dispuestos a ir al Caño a escarzar el nido. El nombre del grupo lo había puesto Lucas: ¡los Chiripitifláuticos! Sin más, como pudiera haber

sido los Locomotoros, los Hermanos Malasombra o los Trabaos. Pura imitación. Casi siempre andaban juntos; eran inseparables, excepto cuando reñían. Cosa que sucedía a menudo. «Ya no te ajunto», se decían entonces. Partían peras y marchaba cada cual por su lado. Si bien el enfado no acostumbraba a dilatarse por mucho tiempo, pues al rato se les pasaba y otra vez juntos.

En un periquete se plantaron en el Caño, al pie del chopo. Que se tratara de un agujero redondo, invisible su interior, aumentaba —si cabe— el ansia por desentrañar qué oculto tesoro pudiera albergar. Mas, de pronto, surgió un problema: el chopo, con un tronco completamente desnudo, solo tenía ramas en su copa. Además, aunque era un chopo de reducida altura, tenía muchos años y, en consecuencia, un tronco muy grueso. De modo que, entre que estaba pelado de ramas y el grosor del tronco, no sabían cómo subir hasta alcanzar el agujero del nido, si es que era un nido, claro. Ese era el objetivo: averiguar si en su interior contenía huevos o polluelos.

Miguelón propuso hacer una pila con unas cuantas piedras de la tapia que cercaba el huerto y subirse sobre ella hasta alcanzar el agujero. Pero, por más que lo intentaron, no fue posible. Se precisaban muchas piedras, el montón se desbarataba, y acabó siendo complicado. Miguelón tenía ideas para todo, otra cosa es que fueran siempre buenas. Pero, como sacaba un palmo al resto de Chiripitifláuticos y era el más fuerte de los cuatro, no les quedaba más remedio que hacerle caso. Y, si querían verlo cabreado, bastaba con llamarle Miguelín. De inmediato, como si le hubieran pisado la cola, maullaba como un gato enfurruñado. Se ponía como una fiera, les perseguía y les arañaba con unas uñas casi siempre enlutadas, más negras que blancas. Era su manera de

chincharlo cuando estaban aburridos. Les encantaba. Miguelón se enfadaba a la mínima. ¡Un juego más! Ante el fracaso de la idea de Miguelón, triunfó la de Toñín. Acabaron trenzando sus brazos y, sobre ellos, auparon a Lucas hasta que consiguió agarrarse de una de las ramas de la copa.

—¡Lucas, Lucas! ¡Despierta, despierta! —le gritaban gimoteando los tres—. ¡Despierta, Lucas! ¡No nos hagas esto! ¡Vamos, despierta! —le urgían desesperados.

Mas Lucas yacía tendido sobre el suelo, completamente inmóvil, sin pestañear, sin dar otra señal de vida que una apenas perceptible respiración entrecortada y un tenue, insignificante, palpitar del pecho. Por lo demás, Miguelón, Toñín y Pablo, viendo el estado de Lucas, aterrados y sin saber qué hacer, daban vueltas sin sentido a su alrededor implorando alguna señal de vida. Lucas yacía, pero, al parecer, no estaba.

—Lucas, Lucas, ¡despierta!; ¡abre los ojos! —le conminaban a que volviera en sí.

Pero no parecía oírlos. Respiraba, pero no se movía. Sus párpados permanecían caídos, no emitía mueca o gesto alguno que aliviara la tensión de sus colegas y ofreciera algún resquicio de esperanza.

¿Qué sucedió en aquel abismo de silencio en el que, inesperadamente, se había precipitado Lucas? ¿Qué secreto susurro traspasó aquel mutismo incierto? ¿Qué imágenes, qué pensamientos, qué escenas, qué recuerdos, qué personas, qué paisajes atravesaron la noche de su inconsciencia, mientras yacía sin sentido sobre la hierba a escasos metros del río Caño? ¿Qué estrellas se encendieron en aquella cabecita de poco más de diez años, en aquel espíritu inquieto y juguetón?

Él no quería nacer. «Bueno, no es que no quisiera. Lo que pasa es que hacía mucho frío y me resistía», había

manifestado el propio Lucas más de una vez a Pablo, Toñín y Miguelón. Según le explicaron en casa a Lucas, no solo hacía mucho frío, sino que fue el enero más gélido del siglo hasta ese año. Y, como era habitual en los inviernos, los tejados y las calles y toda la hondonada del valle de la Val y la Loma y la Ombría, todo estaba nevado hasta arriba. Viendo que la cosa se alargaba, ya entrada la noche y tras el día entero a la espera de que Lucas llegara, su padre se decidió a coger la bicicleta y hacer los dos kilómetros hasta el pueblo de al lado en busca del médico. Porque Lucas, como Toñín, Miguelón y el Colilla, y también Luismi, Gustavo, Marcial —el Caudillo— y Quique, y todos, nació en casa. En casa rompió su primer llanto y en casa gesticuló sus primeros manoteos en busca de su propio espacio. Por entonces se paría en casa. Y tantas veces se nacía y se moría sobre el mismo lecho. En eso, la vida poseía un aire estable y definitivo. Y los casamientos se hacían entre gente del mismo pueblo o de pueblos de la contornada. Casi todo quedaba en casa y el mundo era muy pequeño.

Pero en casa de Lucas no había coche. Ni en la mayoría de hogares. Casi todo el parque motorizado del pueblo lo constituían un par de motos Guzzi, alguna Montesa, la Lambretta de Fermín —el Manco—, que tanto le gustaba a Lucas, una Bultaco y una Ossa. Pero por encima de todas ellas estaban el Biscúter de Gregorio —el Lenin— y el 600 de Paco —el Banderas—. ¡Eso sí que era un espectáculo!, ver circulando el Biscúter o el 600. Gregorio, el Lenin, tenía una fijación con las tierras, una fijación rayana a la obsesión. «¡La tierra para el que la trabaja!», discutía a la más mínima con quienquiera que se terciara. A ciencia cierta, nadie sabía si había andado por Rusia en tiempos de la Guerra. Él aseguraba que sí, y contaba maravillas. Decía que lo de la tierra era de Lenin, aunque él ya no lo había conocido, y que

allá en Rusia el Gobierno las había repartido todas y que ahora todos eran iguales. «Mientras tengamos señoritos —pontificaba—, pulgas y chinches me sacan los ojos y otros bichitos que se llaman piojos». A Paco, el Banderas, no podía ni verlo. Lo cierto es que no hacían buenas migas. Y sobre su Biscúter, lo tenía claro. «Mi Biscúter no lo toca ni Dios», solía advertir, mientras alzaba el puño derecho con el índice extendido. Solía justificar tan rotunda aseveración —para la que no admitía réplica— siempre con el mismo argumento: «Si la moto y el coche en buen estado quieres tener, no se los dejes a nadie, que te los pueden joder». Sobre el puño que se debe levantar, el Lenin tenía también su propia teoría.

Así es que, a la una de la noche, mediados de enero y dos palmos de nieve, se presentó don Sergio, el médico, en casa de Lucas. O de sus padres, porque ¡ese era el problema!, que Lucas debía ya estar, pero llevaba unas cuantas horas de retraso —demasiadas— y se resistía a nacer. Se conocía su paradero, pero, a medida que iban pasando las horas y corriendo los minutos, y ya entrada la noche, crecían las dudas respecto de sus intenciones de venir. El tío Sebastián, su padre, nervioso y muy preocupado, no contempló otra alternativa que coger la bicicleta y correr de urgencia. La Pilar, su esposa, llevaba todo el día de parto y no era el caso de aguardar más. Poco importaba la nieve o que estuvieran a siete u ocho grados bajo cero tratándose de Lucas, su primer hijo, largamente esperado. A la una y media de la madrugada, más o menos, con el auxilio de don Sergio, Lucas al fin ¡llegó!

Era recibido a mil trescientos metros de altitud, en un rincón perdido, desconocido e insignificante: trigo, cebada, ovejas, cuatro huertos y poca cosa más. Para la gran mayoría, lo justo para sobrevivir; y solo para algunos —los menos— lo necesario para vivir.

La vida del campo era austera por entonces. La insuficiencia acabaría obligando a algunos a trasladar el nido a otra parte. Para no pocos en los años sesenta —y aun después—, llegaría el día en que no les quedó otra alternativa que echar el candado a la casa del pueblo, engullir la llave y emigrar a la ciudad. Todo el mundo decía que allí había trabajo a manos llenas y que se ganaba un sueldo fijo los doce meses del año, tanto si nevaba como si no; daba igual que fuera un año de sequía o de lluvias abundantes. La cosecha se cobraba a final de mes y, para eso, no hacía falta mirar al cielo cada día, ni despedregar los campos, ni ararlos ni echarles abono. Así sucedería a los padres de Pablo, el Colilla.

Y Pablo, no sin lágrimas y con el alma desgarrada, antes de finalizar la escuela, contra su voluntad, habría de despedirse de Miguelón, de los Chiripitifláuticos y del resto. Recordó a Merche, la Pintada, y a Crispín, quienes tiempo antes habían tenido que despedirse también. Los padres de Merche se bajaron a Valencia, y Crispín, con siete años, tomó el camino de Barcelona. La despedida de Merche, la Pintada, dejó a Pablo flojo y triste. A escondidas, le corrió alguna lágrima por la mejilla.

Al Colilla le gustaba la Pintada. Nunca se lo había dicho, pero ver su carita risueña y dulce o escuchar su voccecita meliflua prendía una llama en su interior, y se sonrojaba cuando se encontraba de frente con ella. La miraba a hurtadillas, esbozaba una tímida sonrisa, se ruborizaba y se le aturullaba la vista. «¿Y nunca más volveré a verla?», se preguntó Pablo el día que Merche abandonó el pueblo y marchó con sus padres para Valencia.

Del mismo modo que lo hicieran los padres de Crispín, también los Colillas se trasladarían, llevando los enseres justos, con la furgoneta del Chulilla. En dos viajes: en el

primero, el padre de Pablo llevando unos pocos muebles y los utensilios domésticos y, en el segundo, su mujer y su hijo. Y perdiendo de vista desde la carretera la veleta de la iglesia, seguirían el viaje camino de la ciudad.

El caso es que, tras una espera que resultó eterna, Lucas, por fin, ayudado por don Sergio, a media noche, regaló su primer vagido. En la misma habitación de sus padres, y en la misma casa de sus abuelos y bisabuelos. «A ojo —vaticinó don Sergio—, entre tres trescientos y tres quinientos pesa este chico». A ciencia cierta, con exactitud, nunca se supo cuánto pesó la criatura al nacer. Pero el ojo era el ojo, y la palabra dada sellaba un trato. Y cuando Bonifacio, el pastor, que pasaba la vida en los montes y del cielo lo sabía casi todo, anunciaba que por la tarde llovería, quien no estuviera a cubierto, a buen seguro, se mojaba. Todos dieron por bueno el ojo de don Sergio.

Pese a su tardanza, Lucas aún tuvo tiempo de tomar la delantera, en más de medio año, a la era de la televisión. Aunque al bar de Casimiro, donde se entronizó el primer televisor del pueblo, todavía habría de tardar unos seis o siete años en llegar. Lucas no fue el único adelantado. También lo fueron el Colilla y Miguelón. Toñín se despistó y nació algo más tarde que ellos. No es de extrañar. La puntualidad no era lo suyo. Hasta el maestro, don Marcelino, ya no sabía qué hacer para que llegara puntual a la escuela por las mañanas. La llegada de la televisión al bar de Casimiro resultó para el pueblo ¡un acontecimiento mundial! Casimiro convidó a todo el que quisiera a un vino español, y Bonifacio, el pastor, venga a mirar detrás del aparato para ver dónde andaba el hombre que se veía hablando delante, en el cristal.

—¡Rediós! —exclamaba, sin dar crédito—, y este ¿de dónde sale? ¿Dónde está metido el jodido?



Daniel Villarroya Sangüesa es turolense de origen y barcelonés de adopción. De padres labradores, creció en el medio rural, para luego convertirse en maestro y licenciado en Ciencias de la Educación por la UAB.

Dio comienzo a su carrera literaria con la novela *Un viaje al silencio* (2022), un acercamiento iniciático al propio conocimiento. Tras este llegaron *El camino silencioso. Maestros del silencio* (2023), itinerario detallado del proceso meditativo de Amigos del Desierto, y la novela *Dame una palabra* (2024), que explora las crisis del ecuador de la vida. Ahora, en *Aquellos chicos rurales de la yenka*, a través de sus innumerables peripecias, se adentra en la infancia del campo de los años sesenta.